


LA
MUERTE DE CURRO CEJAS,

DESATINO HISTÓRICO-TRÁGICO,

PARODIA INOCENTE

DE LA MAGNÍFICA TRAGEDIA «LA MUERTE DE CÉSAR,»

PARTO LABORIOSO

DE UNA COMPAÑÍA DE INGENIOS AVERIADOS.



MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ,
S. VICENTE ALTA, 52.
1866.




LA

MUERTE DE CURRO CEJAS,

DESATINO HISTÓRICO-TRÁGICO,

PARODIA INOCENTE

DE LA MAGNÍFICA TRAGEDIA «LA MUERTE DE CÉSAR,»

PARTO LABORIOSO

DE UNA COMPAÑIA DE INGENIOS AVERIADOS.



MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ,
S. VICENTE ALTA, 52.
1866.

À D. ANTONIO CAMPS Y MONTAÑOLA.

Madrid á la una y veinte y cinco minutos de la noche.

En el momento de ir á acostarnos y, cuando todavia resuenan en nuestros oidos los unánimes y estrepitosos aplausos del escogido auditorio reunido en el comedor de tu casa y compuesto de personas tan autorizadas en estética, rasgando la tupida lona de nuestra modestia, que nos dan motivos para creer que la produccion que acabamos de leerles es un esperpento dramático en toda la acepcion de la palabra, experimentamos en cuadrilla el vehemente deseo de que tú, Antonio, cargues con la muerte de la dedicatoria.

A tan simpático y querido amigo ofrecemos nuestra MUERTE DE CURRO CEJAS, *y gran chasco nos llevariamos, si no considerases esta fineza como la mejor prueba de la aficion que te tienen*

LOS AUTORES.

PRÓLOGO.

Hojeando un tomo de poesías de un autor muy listo tropezamos con la siguiente cuarteta:

El mundo comedia es
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles
Y á veces el entremés.

El pensamiento altamente filosófico que entrañan estos renglones nos inspiró esta produccion, pudiendo decir que nuestro sainete histórico-trágico ha salido completo de esta cuarteta, como Minerva armada de punta en blanco salió de la cabeza de Júpiter. Amantes de la verdad antes de todo, no pretendemos engalanarnos con la piel del leon, y por aquello de que «Al César lo que es del César» nos creemos en conciencia obligados á consignar que, si nuestra obra vale algo, se lo deberemos al profundo Magister que ha sabido con su talento soplar en nuestro pobre meollo, en cambio de lo que le garantizamos nuestra gratitud que será eterna, así como la de nuestras familias.

Hecho ya el propósito, que á la verdad era lo de menos, tratamos de realizarlo, que era lo demás. Entonces fué cuando empezamos á notar los innumerables pelendengues que requeria; pero, resueltos ya á echar nuestro cuarto á espadas contra murmullos y silbidos, si bien nos vino á la memoria aquello de:

Nadie las mueva
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba,

se nos ocurrió por fortuna, casi al mismo tiempo, tambien lo otro de Juvenal:

Audaces fortuna juvat.

Y, haciendo de esta máxima latina una especie de coraza, dijimos para nuestro capote, salga lo que saliere.

¡Que haya un buñuelo más, qué importa al mundo!

Como uno de nuestros principales cuidados debia ser ceñirnos á la verdad histórica, hemos dado la preferencia á un asunto del año 18... por la inmensa ventaja que teniamos de poder contar con un testigo presencial del hecho, persona que nos merece entero crédito y que, á una simple indicacion nuestra, se ha prestado galantemente á ilustrar el argumento.

Esta circunstancia, no lo negaremos, ha sido para nosotros una verdadera ganga; pues, no solamente nos ha ahorrado la consulta larga y enojosa de abultados libros de historia, sino que tambien, gracias á ella, hemos orillado felizmente la dificultad de formar juicio de los sucesos, que suele originarse de las varias controversias que estos ofrecen generalmente, y hemos hallado la verdad sin necesidad de estudios ni comparaciones.

Aprovechando la disposicion espansiva de espíritu en que nos encontramos, vamos á hacer aquí otra manifestacion. Cuando apareció la Zarzuela en nuestra escena, produjo una verdadera revolucion, y el Sainete, la Comedia y el Drama, estos tres hijos legítimos de la escuela clásica del teatro español del siglo XVIII, recibieron una estocada que al principio se creyó muy peligrosa; pero, como nadie se muere hasta que Dios quiere, el daño que pudo causar aquella hija espúrea del teatro clásico, no fué más que del momento. Dejóse sentir muy pronto una reaccion en favor de lo que nosotros llamaremos unidad de expresion; y las tres hermanas legítimas volvieron á levantarse de la postracion temporal en que yacieron más bellas y lozanas, que las tres Gracias.

¿Cómo no habia de suceder así? Sin eso, que nosotros hemos dado en llamar unidad de expresion, y que otros llamarán como les cuadre, no puede haber trabajo artístico ni cosa que lo valga. No es posible que una idea pueda convencernos, persuadirnos, tenga en fin asomo de sentido comun, cuando se expresa parte hablando y parte cantando.

Permítasenos referir un caso que nos pasó con nuestro profesor de esgrima, y que aquí vendrá como de molde para robustecer lo dicho.

No hace muchos años, un domingo, saliendo de ver á M. Blondin atravesar de pié y sobre una maroma colocada á gran altura el espacioso estanque del Retiro, fuimos á merendar á la pradera del Canal, en donde encontramos al citado maestro que casualmente merendaba allí tambien. Estrechamos su mano con el respeto que sus conocimientos merecian, sentámonos á su lado, y entablada conversacion nos preguntó:—¿Qué les pareció á Vds. la zarzuela de anoche?—Mala, contestamos; sin saber por qué no nos ha dejado satisfechos.—A lo que el espadachin, mirándonos y guiñando el ojo de un modo que le era peculiar, nos dijo:

—¡La unidad, compadres, falta la unidad!

Estas sencillas palabras bastaron para apearnos del burro. En aquel tiempo éramos bastante aficionados á la zarzuela, y desde aquel dia no hemos vuelto á poner los piés en el teatro de la calle de Jovellanos.

Tras la abjuracion del error bien pronto sentimos renacer en nosotros los primitivos gustos clásicos: como una prueba de ello, diremos que tres dias despues comprábamos en un puesto de libros de la calle de Atocha las trajedias de Eurípides y de Sófocles, que volvimos á leer, saboreando sus bellezas como miel sobre hojuelas, á la par que nuestros ojos derramaban abundantes lágrimas arrancadas por el entusiasmo de nuestra exaltada fantasía.

Pasados los primeros transportes de inefable gozo que debíamos á nuestra conversion, ¡con cuánta tristeza recordamos que aquel género divino de literatura se hallaba postergado en nuestros dias!

Un partido literario, melenudo, jóven y ardiente, en su afan

de crear un nuevo género campanudo y extra-natural, atropellándolo todo en su insensato desvarío, derribó de su pedestal de oro á la Escuela clásica, tachándola de añeja y gastada: como si el arte, este destello divino, pudiese nunca peinar canas.

Desde entonces la arrogante trajedia yace recostada dignamente y sumida en sepulcral modorra esperando un Mesías.

Nosotros, que sentimos por esta jamona el más afectuoso y noble cariño, si bien no abrigamos la vanidad de creernos enviados, no hemos podido resistir al deseo de hacer algo por ella. No se nos oculta que nuestro proyecto levantará gran polvareda en el campo de la literatura. La inmensa mayoría nos increpará con los nombres de facciosos y reaccionarios, los más generosos nos dirán que hemos acometido una empresa superior á nuestras fuerzas.

A los primeros les contestaremos con las propias palabras de Jesucristo en el Calvario: *Pater, dimite illos*. A los segundos les diremos: no juzgueis la obra, juzgad la intencion.

Creemos sin embargo que al resucitarla debemos hacerla sufrir algunas modificaciones, ó, lo que es lo mismo, arreglarla al siglo XIX. No atacaremos su conjunto, nos limitaremos tan solo á limarla las uñas para quitarla algo de su aspereza.

Un solo acto como conviene á un sainete, que para un ensayo basta, y si sale malo tendremos la satisfaccion de haber hecho poco; en verso y en romance endecasílabo desde la cruz á la fecha y á asonante por decoracion.

Fieles á nuestro principio de unidad de expresion, tal como hemos dicho que la entendíamos, la sostendremos inflexiblemente.

El lenguaje que emplearemos será rimbombante unas veces, liso y llano en otras, pero nunca cúrsi. Procuraremos arrancar al espectador una sonrisa de buen gusto, pero evitaremos provocar la carcajada que á nuestro juicio sienta mal á este género de literatura.

De este modo emperegilada pensamos sacar á relucir nuevamente la tragedia: no sabemos si el miriñaque que la hemos puesto debajo del manto oscurecerá sus valientes formas plásticas; pero, no tiene remedio, es fuerza hacer algunas concesiones á los tiempos en que vivimos. Lo diremos más claro para que todos nos entiendan. Es necesario ir trampeando con el público para que aplauda.

En cuanto al argumento, ya lo hemos dicho, está sacado de un hecho histórico referido por un testigo ocular. Solo nos hemos permitido introducir un personaje, cuyo carácter es hijo de nuestro chirúmen. La Silvestra la hemos concebido nosotros: el narrador del suceso nada sabe de esta individua, no la conoció, pero sí dice, porque le consta, que cuando polla, anduvo en chicoleos con Cejas, y que ambos convenian en que el Chato fué el natural resultado de aquellos.

Por lo tanto no se nos acusará de haber faltado á nuestro propósito de no desfigurar la historia; con el personaje de Silvestra no hemos incurrido en un desvio, es un verdadero producto de nuestra fabricacion. De los defectos admitiremos la culpa: de sus cualidades reclamaremos la gloria.

Sentíamos la necesidad de presentar una mujer en nuestro sainete. Sin la mujer no hay produccion posible. Voltaire y Alfieri en alguna de sus tragedias han prescindido completamente de la costilla de Adan, y, á pesar de sus bellísimos versos, estos admirables talentos no han podido hacer olvidar esta supresion, consiguiendo tan solo poner en relieve el adagio tan sabido de pan con pan, etc.

Además tenemos otras razones que legalizan nuestro invento. La Silvestra moraliza nuestro argumento. Sin sacar á colacion la hermana del Pelon ¿de qué modo puede justificarse el que Cejas no haya dicho al Chato dos cuartos del intríngulis de su nacimiento mucho tiempo antes? ¿Por qué, queriéndole tanto como se dice, no le tenia en su casa á pan y á cuchillo como parece más natural? No solamente estos argumentos no tendrian contestacion, sino que tambien nos veriamos obligados á presentar el horroroso cuadro de un hijo asesinando á su padre, atrocidad que no comprendemos que haya quien pueda escribirla ni en prosa ni en verso.

Sin la Silvestra nuestro argumento seria disparatado y horrible; con ella es lógico y simpático. Cejas se priva del placer de llamar hijo suyo al Chato por no hacer público el desliz de la madre: como hombre de honor, no quiere hacerlo por sí y ante sí: por lo tanto ruega á la que le salvó la vida en sus mocedades que le permita decir lo que entre los dos pasó en la cueva. De este relato depende la felicidad del padre y la fortuna del hijo.

El dilema en que resulta encontrarse colocada la Silvestra es tan dramático como peliagudo. La mujer se resiste á la idea de

ver sacar sus trapitos al sol; la madre quisiera que se dijese á son de trompeta que el Chato es hijo de Curro Cejas tan afamado en el Rastro, su sucesor en la contrata y heredero de sus pesos duros.

¿Quién duda que de esta situacion un escritor de punta hubiera podido sacar tela para más de cuatro pares de sábanas? Nosotros que hemos tenido la feliz ocurrencia de crearla, no podemos decir si llegaremos á sacar para unos calzoncillos.

Tal vez los que nos lean encuentren que somos hasta pesados hablando de la Silvestra; pero tengan en cuenta que es nuestra primera hija, y, como desgraciadamente tenemos ya cierta edad y poco humor, es muy probable que sea única. ¡Qué tiene de extraño, siendo así, que hayamos concentrado en ella todo nuestro afecto; que sea en fin la niña de nuestros ojos! lo propio sucede á todos los padres á quienes el cielo ha querido concederles una sola reproduccion.

Apenas ha nacido, ya tenemos por ella disgustos y pasamos malas noches. Sabemos que hay quien dice: «Que nuestro enjendro no tiene nada de particular, que es buenamente una mujer como otra cualquiera.»

Nosotros, sin embargo, aun admitiendo por un momento esta apreciacion, no la creemos un defecto. Presentar la Silvestra como una parodia de la heroina de Zaragoza, por ejemplo, como tal vez pretendan los que nos critican, navaja en mano, tomando parte con el Chato en el jaleo para derribar el monopolio de la contrata del Matadero, además de ser repugnante en el teatro, seria tambien del todo contrario á la verdad histórica.

Es necesario no trocar los frenos. No hemos querido de ningun modo prestar á nuestra protagonista arranques de un valor cívico.

La Agustina, ametrallando á los franceses desde las tapias de la S. H., ha sido ensalzada por el mundo entero, porque, rebosando de entusiasmo, combatia á los enemigos de su patria entre los que sabia muy bien que no tenia ningun pariente. Pero ¿qué se diria de Silvestra (aun cuando queramos suponer que su hermano el Pelon le hubiese inculcado principios republicanos) atentando contra la herencia de su hijo y contra la vida del padre?

Con el Chato, lo confesamos de plano, nos hemos permitido ciertas franquezas. No sabiendo de él de un modo auténtico sino que, imbuido tambien en las ideas de su tio, se creyó el apóstol

de la libertad del Rastro y que esta ciega creencia armó su brazo con la navaja que sepultó impávido en el pecho de Cejas nosotros, dejando incólume al hecho toda su belleza salvaje, le hemos colgado de nuestra cosecha una gran dósis de veneracion y afecto hácia la víctima á fin de presentarle en batalla contra mayor número de sentimientos, lo que á nuestro modo de ver no puede menos de dar mayor interés al personaje.

Dicho esto, sentimos nuestra conciencia gozar tranquila de aquella mansa felicidad que experimenta todo buen cristiano despues de haber confesado hasta sus menores culpas.

Los demás personajes los hemos conservado tales cuales eran. El Compadre Antonio pendenciero y sorna. Espavilado y diligente Nicasio; á Cucharon viejo achacoso con sus puntas de verde, con mucha gramática parda y anchos ribetes de vanidoso.

En cuanto á Curro Cejas, no nos hemos permitido tocarle siquiera el pelo. Exhibimos su mismísimo retrato arrancado fotográficamente del natural y se recomienda de sobra por sí solo para atrevernos con él. Nada necesita ni admite. Perfilarlo seria hacerle desmerecer.

Los años que han transcurrido desde que acaecieron los sucesos á que nos referimos, permiten discurrir ahora sobre ellos con completa imparcialidad, ó lo que es lo mismo, ser profeta de lo pasado. Cejas, como bien claramente se vé hoy, era un hombre de bien á carta cabal, de mucho pelo en pecho y ninguno de tonto, justiciero y liberalote. Si bien aspiraba á tener el monopolio de los despojos del Matadero, no le guiaba la sórdida avaricia de lucro, ni la vanidad de mandar á un puñado de gente; muchos y muchos otros medios de vivir holgadamente sin tantos disgustos ni quebraderos de cabeza, hubiese encontrado un hombre de su talla y de su temple.

Otro móvil más grande y desinteresado era el suyo. Con su buen criterio al echar la vista sobre los tripicalleros, entre los que habian cundido desgraciadamente la inmoralidad y todo género de vicios, comprendió que habian menester una mano fuerte é ilustrada que les dirigiera para salvarles de la perdicion á donde corrian. Sintióse con fuerzas para hacerlo y sin miras personales, llevado tan solo por el noble afecto que profesaba al Rastro, se propuso ser su redentor.

En una palabra, Cejas vivia solo para hacer la felicidad de aquella gente; el Chato pedia para ellos la ruina.

Tambien es verdad que lo que para nosotros es muy claro no podia serlo tanto para el Chato en aquel entonces. Èl y su comparsa creyeron de buena fé cumplir una obra buena: fanáticos, obcecados por la idea de libertad, se lanzaron heróicamente puesta la mano sobre su conciencia á cometer una solemne barbaridad.

El jóven Ochavo, hijo único de un hermano de Cejas, á la noticia de la muerte de este, no tardó en volver de Esquivias y, encontrándose con el belen que habia surgido en el Rastro á consecuencia del crímen cometido, dijo para sí: «Esta es la mia;» hizo valer sus derechos en calidad de pariente con una energía de la que hasta entonces no se le creeyera capaz, y, á pesar de ser un mozo de constitucion enclenque, sacudió palo de ciego á los enemigos de su tio, atemorizó á unos, inspiró confianza á otros, se calzó con la contrata, y por fin, restablecida la calma, supo con muy buen tino y no menos constancia seguir las huellas trazadas por el mismo Curro Cejas.

Los demás indivividuos que sacamos á colacion, como son Rasca, Necio, Taco, *et tutti quanti*, son poco importantes para que merezcan entretenernos en hablar de ellos.

Aun cuando parece que podríamos excusarlo preferimos decirlo ahora, que es tiempo, no sea que mañana ú otro dia algun chusco, que nunca faltan, por una tontería nos hiciese salir los colores á la cara.

Si hacemos aparecer á Ochavo inmediatamente despues de la muerte de Cejas, no se vaya á creer que es porque no sabemos que tardó en estar de vuelta á Madrid hasta el otro jueves y que, antes de llegar á hacerse con la contrata, hubo toros y cañas: hemos precipitado la accion porque así nos convenia para poder presentar incontinenti al espectador la moraleja de que

Si los conspiradores fueron por lana, volvieron trasquilados.

Un chico amigo nuestro muy entendido en cosas de teatro nos ha significado que el sainete debia acabar con las palabras del Chato dirijidas á Silvestra

¡Ah, perra, y lo callabas!

No diremos que el mozo ande del todo errado, pero téngase entendido que, si bien estamos persuadidos que esta conclusion seria de gran efecto, no podemos admitirla sin faltar al compro-

miso que al empezar hemos contraido con la moralidad del caso, compromiso que no puede cumplirse sino con

La contrata es mia.

Nos queda únicamente por decir la parte más lastimosa. Las producciones del género de la nuestra difícilmente podrán ejecutarse en la tierra de los garbanzos como Dios manda. No nos hagamos ilusiones; hacen falta muchas cosas que son esenciales. Cualquiera empresario que lo intente se ha de ver amarillo, verde ó de color de rosa y no ha de conseguir cosa de provecho.

Es innegable que en España quedan aun algunos actores que valen, pero están tan repartidos como la gracia de Dios, y se necesitarian esfuerzos poderosísimos para reunirlos hoy.

No es nuestro ánimo ni tampoco de nuestra competencia meternos en honduras para averiguar las causas de la decadencia de nuestro teatro; nos limitaremos á consignar este triste hecho, diciendo además de paso que algunos de nuestros hombres de Estado han hecho laudables esfuerzos para sostenerlo dignamente; pero por desgracia han sido muy contados y desde que se cerró el teatro Español hace doce años ha quedado abandonado á sus propias fuerzas que por cierto son muy exíguas.

Nosotros que somos apasionados del arte de Talía hacemos fervientes votos para que salga del prolongado é inmerecido letargo en que se encuentra, porque estamos de perfecto acuerdo con lo que dice Moratin,

que el arte dramatico interesa desde el zapatero al Rey.

Es muy posible que no se perdiese gran cosa si se dejase de representar nuestra obra; es más, tal vez nos evitariamos una silba; pero ello es que á ningun autor que escribe para el teatro se le ocurre que puede hacer fiasco, antes al contrario se le hace la boca agua pensando en el gustazo de salir á la escena al final de la representacion modestamente arrastrado por los actores que se ven en la necesidad de mostrarle al público que le reclama á voz en grito, y batiendo las palmas con un ruido infernal, pero más agradable al oido del autor que cualquiera sonata de Mozart ó de Bethoven.

Nosotros sin embargo sabremos conformarnos con nuestra suerte sea la que quiera tocante á la representacion.

PERSONAS.

CURRO CEJAS.
SILVESTRA.
LÚCIA.
EL CHATO.
COMPADRE ANTONIO.
CUCHARON.
RASCA.
NECIO.
NICASIO.
CHÍCHARO.
CAMORRA.
PENDENCIA.
TACO.
OCHAVO.

MATACHINES, VENDEDORES Y ACOMPAÑAMIENTO DE PUEBLO, MÚSICOS Y BOLEROS.

La escena pasa en el año 1800.

ACTO ÚNICO.

Habitacion de Curro Cejas, con pocos muebles, y entre ellos algunos efectos de tripicalleria.

ESCENA PRIMERA.

CEJAS.—ANTONIO.—(*Picando un cigarro.*)

(*Dos escribientes á quienes Cejas vá dictando.*)

ANTONIO. Cejas, premite que el compadre Antonio
La cucharada en tus asuntos meta,
Y te diga clarito y sin rodeos
Que estás haciendo en el negocio el bestia.
¿No basta que esa turba de gandules
A cada instante contra tí se güelva,
Y que yo trague quina y que me aguante
Sin repartir una mojá siquiera?
¿Es preciso ¡canastos! todavia
Hacerles dueños de tu casa mesma,
Mientras que á mí y á los que somos netos
Nos das en las narices con la puerta?
Á cientos contar puedo los perdíos
Que el hocico regalan en tu mesa,
Y aunque otros tantos á beber te ayudan
Tu dinero entra solo en la taberna.
Churro, Nicasio, Mirlo, Franco y Cima
Trunfan y gastan sin tener hacienda.
Con miel intentas aumentar amigos

Y ellos se acercan á mamar la breba;
El dulce chupan que les das por cebo
Y el anzuelo nos clavan. ¿Hay pacencia
Para ver con pachorra tal infamia?
La sangre tengo frita ya en las venas.
Cejas, vuelve por tí; mira adelante;
Si no sacas la pata... nos revientan.
No hagamos más el oso, que es muy justo
Que empieces á tirar mejor tus cuentas,
Y si el año que acaba nos dió sebo,
Procures que el siguiente dé manteca.
Pronto me tienes á buscar el bulto
Y exterminar del barrio esa ralea;
Mas para hacerlo, Curro, necesito
Que gustoso me otorgues tu licencia.
Al amo, su criado se lo pide:
Al compadre, el compadre se lo ruega.

CEJAS. Antonio, me trabucas.
(*Dictando.*) En sus puestos
Seguirán los que corren de mi cuenta,
Y cobrarán, sobre el jornal que hoy tienen,
Sin que haya destincion, media peseta.
Los vendedores de mondongo y callos,
Los que fabrican cuerdas de vihuela,
Y en fin, cuantos del género de casa
Surten constantes su tinglado ó tienda,
Tomarán en especie media azumbre,
Por cada veinte reales de su cuenta.
Así se ha de cumplir.
(*A Antonio.*) ¿Qué te parece?
¿Está bien trabajao? Lástima fuera,
Que hombre de chapa, que nació en el Rastro,
Pueda igualarse con cualquier chancleta.
Portarme debo sin manchar mi clase:
Á todos proteccion: camorras fuera;
Que el sol al alumbrar, compadre Antonio,
A todos igualmente nos calienta.
No me hables de atropellos.
(*Sigue dictando.*) Es preciso,

Pa que puedan cumplirse las ofertas,
Que todo ande muy listo; abrir el párpago,
Y que extienda su tráfico la empresa,
Mandando á Candelario de esas tripas
Que en gran porcion tenemos de existencia,
Y los cuernos que aquí no se consumen,
Yo mismo los pondré en Ingalaterra.
Esta es mi voluntad.

ANTONIO. Bravo, compadre.

CEJAS. (*Dictando.*)
Quiero en presona colocar la hacienda
Y á la cabeza ir de mi cuadrilla.
(*Dirigiéndose á Antonio y dándole la mano.*)
Conmigo te vendrás: aquella tierra
Y el ejercicio apretarán tus niervos
Y hallarás el valor con que hoy no cuentas.

ANTONIO. ¿Cobarde yo? Que vengan esos guapos
Que nombra por valientes la plazuela,
Y uno por uno medirán el suelo
En teniendo el avío en mi derecha.
Que vengan todos juntos cara á cara
Ahora mismo al Campillo de Manuela,
Y aunque vea sobre mí tantas cuchillas
Como granizos manda una tormenta,
No haya miedo que güelva las espaldas
Quien prefiere morir de esta manera.
Mas sin querer, compadre, me espeluzna
Solo pensar en entregar la geta,
Cuando el cuerpo y el alma gozan juntos
Del tufillo especial de la taberna.
Allí sobre una mesa recostado
Y en completo descanso la concencia,
El caletre contempla un paraiso
Mejor mil veces que el de Adan y Eva.
Platos grasientos que en revueltas filas
El dorado velon su brillo aumenta,
Al más inapetente y ruin estógamo

La gazuza y vigor, luego despiertan,
Ya presentando los chorizos frescos,
Los huevos duros, las sardinas secas;
Ó ya cubriendo con el trapo blanco,
Á fin de que las moscas no lo muerdan,
Barbos del Tajo, peces del Jarama,
Tostado tarazon del de truchuela
Y, rebozada con tomate frito,
Del sabroso carnero la chuleta.
Y si á esto un majo con salero entona,
Al alegre compás de la vigüela,
Un fandango hasta allí que al cuerpo pincha
Y al alma al mismo tiempo aguijonea,
Y entre el canto y el vino y la algazara,
En palique amoroso con mi prenda,
Tumbo diez chicos que gustar me brindan
El Yepes, el Arganda y Valdepeñas;
Quisiera ser más grande treinta veces
Pa que un goce mayor en mí cupiera.
¡Es un dolor que en tan feliz momento
Algun cobarde sobre mí se venga
Y me largue á traicion con mano dura
Catorce ó quince puñalás traperas!
Quiero morir luchando, ya lo he dicho
Y cien veces repito.—Echa una yesca.

CEJAS. (*Sacando los chismes* dice:)
Si hasta el tuétano gozas, caro Antonio,
¿Qué te importa morir en la taberna?
Yo, de las muertes que conoce el mundo,
Tan solo admito la forzosa.

ESCENA II.

CEJAS.—ANTONIO.—CHICHARO. (*El último llega apresurado.*)

CHÍCHARO. ¡Cejas!
Estalló la bomba. El barrio entero
En corrillos ocupa la plazuela,
Y á armar la gorda decididos se hallan

En contra tuya, apenas amanezca.
Quieren tomar del Matadero mesmo
Los despojos que solo mangoneas.
Esto dicen. Y aquí traigo unas coplas
Que el barbero te ha escrito de burlesca.
(*Entrega á Cejas las coplas.—Cejas se sienta á leerlas.*)
En papel de un cigarro puesto traigo
El nombre del traidor que más gallea:
Como todos aquí le conocemos,
Excuso, por lo tanto, dar más señas.

ANTONIO. (*Mirando el papel.*)
¿Lo vés, compadre? Confirmado tienes
Lo que hace poco te soplé á la oreja.
Mas, qué hacemos aquí? Chícharo, en marcha,
Y repartamos á destajo leña:
Caiga el que caiga, sí, mira su nombre.
¡Que muera el Chato!

CEJAS. ¡El Chato! ¡El pico cierra!
(*Se levanta y toma el papel.*)
¿Quién te ha dado este pliego?

CHÍCHARO. Cena-oscuras,
Esta noche al salir de la taberna.

CEJAS. ¿Y probarlo podrá si se le pide?...

CHÍCHARO. Pruebas y gordas sobrarán á espuertas,
Tan pronto como tú...

CEJAS. La lengua muerde,
Ó te rompo el testuz si te berreas.
No le importan á Curro los timultos:
Tiene mucho valor y los desprecia.
(*Rasga el papel.*)

ANTONIO. ¡Buena salida!

CEJAS (*A Chícharo.*) De mi parte díles

Que no pongan á prueba mi pacencia:
Que les he visto el juego: que sé todo
Y conozco sus nombres.

ANTONIO. Y habrá gresca.

CEJAS. Ni una palabra más.

CHÍCHARO. Y al Rapa-barbas
Qúé le digo?

CEJAS. Que no sea tan fachenda:
Que abandone el oficio de coplero
Y que aprenda mejor á sacar muelas.
(*Váse Chícharo.*)

ESCENA III.

CEJAS.—ANTONIO.

CEJAS. Escucha. En los jaleos de la vida,
Que entre bromas, compadre, y entre fiestas,
Siempre pegados al amor y al vino,
Parece que no corre, pero vuela,
Nunca dijiste para tu capote,
¿Por qué no me da un chico mi parienta?
Un chico á quien dejar pudiera un dia
Mi ajuar, mi nombre, mi pequeña hacienda...

ANTONIO. No me aflijas, compadre; nunca el cielo,
Ni encanijado me le dió siquiera.

CEJAS. Esa es la causa por que solo gozas
Cuando vas al copeo á las tabernas,
Y por eso dispuesto te hallas siempre
Á espanzurrar con gusto una docena.

ANTONIO. Eso es mucha verdá. Yo lo confieso,
Mas chicos no se compran en la tienda;
Pero tú, que, á pesar de dos mujeres,

Que, una tras otra te entregó la Iglesia,
En contra de tus buenas intenciones
La comadre jamás llegó á tu puerta,
Gozar debes la vida alegremente
Gastando con anchuras lo que tengas,
Y el que venga detras que apriete el paso
Y allá se las componga como pueda.

CEJAS. Cuando se logra lo que yo ya tengo,
Fundar un mayorazgo se desea.
Necesito heredero.

ANTONIO. ¿Dónde le hallas?

CEJAS. ¿Qué dónde dices? En mi sangre mesma.

ANTONIO. ¡Tu sobrino! ¡Trabajas para Ochavo!
Ese mozo no vale una peseta.

CEJAS. Mal conoces, compadre, á ese chiquillo;
Pues tiene más injundia y más mollera
Que muchos que se tienen por dotores;
Mas la has errado: mi intencion no es esa.

ANTONIO. Entonces no hay remedio, será otra.

CEJAS. ¿Estamos solos?

ANTONIO. Pero...

CEJAS. Presta orejas.
Allá cuando cumplí los veinte y cuatro,
Estando yo con otro en la taberna,
Disputa armamos entre yo y el otro
Sobre el precio de un par de castañuelas.
Se enzarzó la cuestion: el compañero
Al verse aturrulláo, con cierta flema,
Soltó palabras que me hicieron daño
Y añicos le hice un jarro en la cabeza.
Sin más, es claro, pa el Barranco juntos

Emprendimos como dos saetas,
Por más que en impedirlo se empeñaron
Chichante, Viricú, y la tabernera.
Dos viajes tiramos y de un salto
Me dejó su navaja por herencia.
El bulto escurro porque veo encima
Dos alguaciles que hácia mí se acercan,
Y, perseguido por los dos sabuesos,
Entro en la villa sin mirar la puerta.
No sé cuánto corrí: ya echaba el bofe,
Cuando, al pasar delante de una tienda,
Una moza me sale de repente
Que, del embozo asiéndome con fuerza,
«Cuélate» grita, y, sin gastar cumplidos,
Me encajé de cabeza en la trastienda.
«Libre estás» dice; «pero estoy perdida;
Quiera Dios que mi hermano no te huela.»
Y, levantando una pesada trampa,
Á un sótano me empuja, tapa y cierra.
Que este belen me sucedió hace mucho,
Con sus canas lo prueba mi cabeza;
Mas, solamente al recordarlo, Antonio,
Se me hace la saliva una jalea.
Del peligro en que entonces me encontraba
Ni un solo instante me acordé siquiera,
Y el lance, la taberna y alguaciles
Bendigo siempre cuando pienso en ella.
Con gran esmero me cuidó en presona,
Y, viendo á la ocasion la puerta abierta,
Á fuerza de palique, en un menuto
Se enredó de tal suerte la madeja,
Que, de patas metido en el enredo,
Conseguí...

ANTONIO. No prosigas, eccetera.

CEJAS. La pobre se mamaba cada susto
Cuando á mí la llamaba la querencia,
Que hubiera preferido un senapismo
Á verse por su hermano descubierta;

Que ha sido de rigor en su familia
El dar tierra con palma á las solteras.
Como nada en el mundo dura siempre,
Una noche, por fin, tomé la puerta;
Pero estaba de Dios. Cuando yo andaba
Entre Getafe, Torrejon é Illescas,
Del pecado que entrambos cometimos,
Ella sola purgó la penitencia.

ANTONIO. ¡Ya! ¡Padre fuiste!

CEJAS. ...La casó su hermano
Con uno que enterrado está ya en Ceuta,
Y ella las cosas arregló de modo,
Que al pobre muerto le agregó...

ANTONIO. ¡Canela!
Pues la cosa, por Dios, no trae malicia.
Y tú...

CEJAS. Yo, mutis: como mosca muerta.
Mientras ella lo mande, yo me callo:
Convencerla no puedo, que es muy terca.
Como el hijo, aunque es hombre, el caso ignora,
Por más que hago por él, me hace la guerra.

ANTONIO. Basta: ya me la olí: pues es el Chato,
Y la moza del cuento, la Silvestra.
¡Y así se porta quien pasar pretende
por patron de casadas y doncellas!

CEJAS. Y con eso, compadre, ¿qué tenemos?
Si tuvo algo que ver, tuvo con Cejas.
De lo que has escuchado cierra el pico:
Mucho cuidado con mover la lengua.

ANTONIO. Gente se acerca.

ESCENA IV.

(*Dichos.*—CUCHARON.—CAMORRA.—PENDENCIA.—EL CHATO.—RASCA.—NICASIO.—TACO.—NECIO. *Acompañamiento con guitarras y baile.*)

CEJAS. Adentro, caballeros.
Acércate, Camorra, y tú Pendencia.
Envidia en Lavapies y en las Vistillas,
Dais los dos punteando la vihuela:
Nadie está triste donde estais vosotros
Tocando seguidillas ó manchegas.

CAMORRA. Me abichornas... Mis toques no merecen
Que me des por lo fino enhoragüenas.

PENDENCIA. Yo, á pesar de mi mérito y mi puga,
Aun no he pasado de amarrar becerras.
CEJAS. ¿Aun amarras becerras? ven tú, Chato,
Y nómbrale...

CHATO. Yo, ¿qué?

CEJAS. Lo que tú quieras.

CHATO. Desde mañana puedes en mi nombre
Usar puntillas y gastar coleta.
(Le quita el mandil y le pone un cinturon de cuero,)

CEJAS. Desde ahora tendreis para el punteo
Cuerdas de tripa gratis.

CAM. Y PEN. ¡Viva Cejas!

CEJAS. Tú, Cucharon, tan triste y retirado,
¿Qué haces?

CUCHARON. Pensaba...

CEJAS. Sí: en la Vicenta.

CUCHARON. Ya con ella acabé, por tu compadre.

ANTONIO. Viejo verde. (*Aparte.*) ¿por mí? no, fué por ella
que de tí se cansó.

CEJAS. Cállate, Antonio,
Y entre nosotros no haya peloteras.
Decid qué se os ofrece.

CUCHARON. Aquí venimos
Para que á todos en tu gracia tengas.
Del matadero la contrata es tuya
Todo el año, y aquí pide mi lengua,
Intrépete de todas, que no dejes
Á denguno en la bárbara endigencia.

CEJAS. Ninguno sin comer vive á mi lado,
Mientras un duro en mi bolsillo tenga.
Vuestros destinos seguireis cumpliendo:
El sábado á cobrar, y en plata buena.

CUCHARON. ¡Hola! en baile, muchachos! adelante
y salgan los nombraos con sus parejas.
(*Mientras se preparan á bailar, el Chato se retira á un extremo dcl teatro y los mira con desprecio. Nicasio lo advierte y se acerca á él.*)

CHATO. ¡Y quieren libertá! ¡Mermuraores!

NICASIO. ¡Qué adulacion, Chatillo!

CHATO. ¡Qué bajeza!

NICASIO. Es preciso que hablemos de un negocio.

CHATO. Esta noche á las diez...

NICASIO. En ca é Silvestra.

(MUSICA Y BAILE.)

Un beso tú me diste
por el otoño,
Y al invierno esperaste
pa darme el otro.
De higos á brebas
Pruebo yo las peritas
Que dá tu huerta.

Tengo yo un pajarito
tan enseñao
Que al llamarle, de un vuelo
salta á la mano.
Dame tu jaula,
Que al mirarte es muy fácil
Que se me vaya.

RASCA. ¡Viva Cejas! ¡El Dios de nuestros hijos!

PENDENCIA ¡Nuestro ángel tutelar!

CEJAS. Mucho es, Pendencia,
Tal mote para mí, pues el de padre
Me satisface más, y más me alegra.

CUCHARON. Escucha lo que todos han dispuesto
De gratitud y del afecto en muestra.

CEJAS. Platica, Cucharon, y te suplico
Que seas breve, por Dios.

CUCHARON. Con tu licencia.
(*Lee.*)
«Debajo del escudo de la villa
»Que el Matadero en su fachada ostenta,
»Vestida de sombrero y con casaca,
»Tendrás de bulto, tu figura entera.
»Á tu entrada triunfal, los matachines
»Pondrán de punta su cuchilla en tierra,
»En señal de que al amo, en todas partes
»Se le debe rendir ciega obedencia.
»En honra al gremio, siempre á las funciones
»Asistirás en unas parihuelas,
»Llevadas por los mozos que más brio
»Diga que tienen el maestro albeitar.
»Escotando unos cuartos cada prójimo,

»Te regalan aquí tres frioleras.
»La primera un baston con muchos nudos
»Pa romperle al que falte la cabeza,
»La segunda unas gafas con que luego
»Nuestros trabajos con aumento veas,
»Y por fin, una hermosa redecilla
»Con que cubras tu calva zapatera.»

CEJAS. ¿Y para esto se juntó la taifa,
Y en tontadas malgasta y en simplezas
Horas preciosas que ocupar no supo
En desollar carneros y becerras?
Plata y oro traed, no baratijas
Que no se gastan ya. De todas ellas,
La redecilla solo me acomoda:
La acepto, porque oculte, siendo negra,
Los bocados de pulgas y mosquitos
Y otras aves que roen mi cabeza.
Esta calva la debo no á los años,
Sino á la punta de la dura lezna
Por mucho tiempo usada.

RASCA. Nuestro obsequio
Recibe.

CAMORRA. Sí, sí, todos te lo ruegan.

MATACH. Sí, sí, sí.

CHATO. ¡Ménos yo! ¡Alma boyante
Del gran Pelon, alégrate; que alientan
Dos manchegos aun! Yo, que á esas tretas
De calandrias, me opuse en las Vistillas....

CEJAS. ¿Quién más, vomita?

CHATO. Tu presona mesma.

CEJAS. (¡Qué buena sombra!) ¡Ven! largarse todos.
(Vánse.)

ESCENA V.

CEJAS.—CHATO.

CEJAS. Tú me conoces, Chato; ¡Buena pieza!
(*Va á acariciarle.*)

CHATO. Para bromas no estoy (*Se aparta.*)

CEJAS. No seas bruto,
Y dí, sin adular, lo que deseas.

CHATO. Que dejes hoy sin aguardar á luego
La contrata maldita, y libre sea
La muerte de las reses que en la villa
Abastecen mercados y plazuelas.

CEJAS. ¡No digas disparates, pobre Chato!
¡Dejar yo la contrata, cuando á ella
Debemos porvenir, fortuna, nombre
y no vernos comidos de miseria!
No conviene soltarla.

CHATO. Te lo ruego:
Antes que el interés es la concencia.

CEJAS. No seas testarudo. Ya lo he dicho.
No la dejo.

CHATO. ¡Se acabó! No queda
Más que un manchego ya, que abochornado
Por no verte se marcha á la taberna.

ESCENA VI.

CEJAS.

CEJAS. ¡Vaya un mozo templao! ¡Por ná se encoje!
¡La mesma inclinacion! Hijo es de Cejas.
(*Váse.*)

MUTACION.

Casa de Silvestra.

ESCENA VII.

SILVESTRA.—LÚCIA.

SILVEST. Vete, Lúcia, á acostar, porque si sigues
Dando como hasta aquí de cabezadas,
Te romperás la crisma, si es que crisma
Te queda que romper.

LÚCIA. Ni me hace falta.

SILVEST. Yo espero, Lúcia, al Chato y Dios disponga
Venga á dormir con las costillas sanas.

LÚCIA. ¿Quién es capaz, Silvestra, de ofenderle?
¿Acaso todo el Rastro no le acata?
El Matadero en peso le respeta
Y el mismo Curro Cejas le idolatra.

SILVEST. A pesar de que el Curro le proteje,
Al Chato de los dientes no le pasa.

LÚCIA. ¡Qué me cuentas, Silvestra! Con que tu hijo
No ha sentido en sus tripas...

SILVEST. Calla, calla.

LÚCIA. ¿Quién nos escucha?

SILVEST. Nadie, pero á veces
Suele tirar el diablo de la manta.

LÚCIA. No te vengas, Silvestra, con repulgos
Porque no tienes pizca de beata,
Y piensa, buena amiga, que á tu fecha

En el ráncio pudor no se repara.
Tienes fama en el Rastro, en las Vistillas
Y en todito Madrid de recatada:
No hubo en el barrio un chulo que atrevido
Te pasara una mano por la cara;
Todos en fin lo bárbaro pregonan
De tu hermano el Pelon, que en paz descansa.

SILVEST. Sí, y desde allá tambien él me maldice
Por aquella ocasion en que fuí flaca,
Y, con voz de becerro aguardentosa,
De bribona me pone y descastada.

LÚCIA. Recuerda que él murió de aquella curda
Que tomó en la taberna de la Paca,
Y aun la debe dormir, pues todos dicen
Que fué una borrachera soberana.
Con el Panzudo luego te casaste,
Y el Panzudo si vió, no dijo nada:
Curro Cejas fué mozo muy callado
Y supo sacudir muy bien la capa:
Tu marido y el Manco, fueron juntos
Codo con codo á los menores de Africa;
Entregaron la piel al poco tiempo
Y tú quedaste viuda, y santas pascuas.

SILVEST. No se me pega la camisa al cuerpo:
Te digo la verdad, Lúcia.

LÚCIA. Cachaza.
(*Se oye ruido.*)

SILVEST. Enciende otro candil, que llega el Chato,
Y si quiere, caliéntale la cama.
¡Pobre hijo mio!

ESCENA VIII.

SILVESTRA.—CEJAS.

SILVEST. ¡Ah!

CEJAS. Que Dios te guarde.
No sé por qué, Silvestra, así te espantas.

SILVEST. Despues de tanto tiempo, y á estas horas,
Al verte me he quedado hecha una estáuta.

CEJAS. Aquel tiempo pasó: de Curro Cejas
No quedan ni siquiera las pestañas...
Con los años, Silvestra, el mejor músico
Ha perdido el compás y...

SILVEST. Cejas, basta.

CEJAS. Yo no vengo á buscar á la morena
Cuyos ojos un dia me quemaban;
Vengo en busca del hijo á quien adoro
Y el sacrificio tuyo me hace falta.

SILVEST. ¿Qué zancadilla, Curro, es la que intentas?
¿Qué pretendes de mí con esa charla?

CEJAS. Que le cantes al Chato tu secreto,
Que conozca el aquel de tu prosápia,
Y heredero será de mi fortuna
Dando envidia á los ricos de la plaza.

SILVEST. ¡Aplastada me dejas! Yo agradezco
Cuanto has hecho por él. Muchismas gracias.

CEJAS. Dí mejor lo que haré. Tengo mis planes.

SILVEST. Calla, Curro, tus planes. Calla, calla.

CEJAS. No puedo: sin quererlo, el mejor dia
Sale toda su historia de mi panza,
Es preciso, Silvestra, pues, que al chico
Le digas tu sentir.

SILVEST. ¡Nunca esa mancha!
¿Quieres que yo sufra ese bichorno
Cuando venda mondongos en la plaza?
¡Manipolio fatal del amor mio
Como el que tienes hoy en las contratas!

¿Y aqueste premio, Curro, nos reservas?
¡Al Rastro la opresion: á mí la infamia!

CEJAS. Calla, calla, Silvestra; me atolondra
El diluvio bestial de tus palabras.
Yo no tengo á quien pasen mis talegas
Y no quiero dejar mi ajuar de casa
Á Ochavo mi sobrino, cuando el Chato
Por línea reta mi caudal reclama.
Yo le hare Director del Matadero
Y dejaré en su nombre la contrata.

SILVEST. ¡Vete de aquí!
(*Se marcha reflexionando y luego vuelve.*)

CEJAS. Me casaré contigo:
Le daré una puntera á retaguardia
Á la Raimunda que me sirve en todo,
Y que siendo sirvienta, casi es ama.

SILVEST. ¡Otra víctima, no!

CEJAS. Pues bien, Silvestra,
Piénsalo bien, consulta con la almohada,
Y si á tu Chato quieres venturoso,
Firma con una cruz en esta carta,
Y la suerte del Chato harás con esto,
Y la dicha del barrio con tu gracia.
(*Váse*).

ESCENA IX.

SILVESTRA.

SILVEST. ¡Pelon; hermano mio; tu existencia
Pasaste á malos tragos y carpantas,
Pero el cariño que le tengo al Chato
Es un trago peor que me avinagra.
En qué mal hora á Cejas aquel dia
Metí de un empellon en esta casa,

Por evitar su pena en un presidio
Ó que gestos hiciera en una plaza.
Entre la espada y la pared me pone:
No puedo estar de pié ¡ay! ni sentada....
Las fuerzas me flaquean, y.... ¡puñales!
Que mi virtud no llega á vara y cuarta.

ESCENA X.

SILVESTRA.—CHATO.

CHATO. Muy buenas noches, madre.

SILVEST. Buenas, Chato.
Cansada de esperar me iba á la cama.

CHATO. Cansado tambien vengo, que hoy ha habido
Gran arreglo de cuentas y cobranzas.

SILVEST. Tú eres bueno con todos, hijo mio, *(Le abraza.)*
Y para trabajar, bestia de carga.
Curro Cejas, por eso agradecido,
Hace lo que tu quieres: tú le mandas.

CHATO. Menos cuartillo, madre, que ahora mesmo
Un favor me ha negado, y en mis barbas.

SILVEST. ¿Qué le pediste, Chato?

CHATO. Poca cosa:
Que renuncie pa siempre la contrata
Y se arreglen los probes como puedan
Vendiendo desperdicios á sus anchas.

SILVEST. ¿Y te ha dicho que no?

CHATO. ¿No lo has oido?
Me ha dicho un no, más grande que una casa,
Y si más me revienta es porque al cabo
Le sobra la razon hasta las cachas.
Espuesto no me viera á este desaire,

Si no hubiera en el Rastro tanto mandría.
Hizo bien en negarlo.

SILVEST. ¿Estabas loco?

CHATO. ¿Es locura pedir lo que nos falta?
Un dia ha de llegar que cada quisque
Trafique, como quiera, y fuera trabas.

SILVEST. ¿Y por qué, Chato, en ello así te empeñas,
Cuando Cejas ni abusa, ni maltrata?
Deja que siga con su empresa el año,
Sin meterte en camisa de once varas.

CHATO. Êl es hombre cabal, no tiene pero;
Mas tuerce su intencion esa canalla.
Yo nunca tengo pelos en la lengua:
Al decir la verdad, nadie me ataja,
Y, sin embargo, algunos aun se atreven
Á negar la limpieza de mi casta.

SILVEST. ¡De tu casta dijiste!

CHATO. .....Por la calle
Vine sin reparar que hubiese un alma,
Y una voz ronca escucho que á mi oido,
Con misterio me larga estas palabras:
«Duermes, Chato: En verdad, tú no eres Chato.»
Y no una sola vez. Tercié la capa:
La cabeza volví: miré á toas partes:
Á nadie me encontré... y esto me escama.
¡Es este el gran valor que hoy tiene el Rastro!
¡Miserables! ¡Borricos de reata!
A la calle salid, y yo el primero
El fuego atizaré pa ver las llamas.
Vereis si duerme el Chato ó si destripa
Al mismo Curro Cejas por la panza.

SILVEST. ¡Qué dices, me horripilas!

CHATO. ¡Y es mi madre

La hermana de Pelon!

SILVEST. Óyeme.

CHATO. Habla.

SILVEST. Tu sangre es una sangre, Chato mio,
Que circula tambien...

CHATO. Acaba, acaba.

SILVEST. Yo no puedo acabar... pero promete
Que al Matadero asistirás mañana.

CHATO. Por mi salud, prometo.

SILVEST. En este caso,
Á la cama á roncar voy descansada.

ESCENA XI.

EL CHATO.

CHATO. ¡Qué confusion la mia! ¡Tambien ella
Me recuerda mi sangre! ¿Seré un maula?
¡Qué bruto soy! ¡Será posible, Chato,
Que estés durmiendo abiertas las pestañas!

ESCENA XII.

CHATO.—NICASIO.—*Otros.*

NICASIO. Que las tengas muy buenas y cabales.
Venga esa mano:

CHATO. Sí, con toda el alma.

NICASIO. Ya nos tienes aquí: y en esta mano
La libertad del Rastro se afianza.

CHATO. Vuestra presencia, chicos, con franqueza
Asombrado me tiene, en esta casa.
Repartidor de tripas lo es Nicasio,
Celedonio, de vientres y rabadas,
Taco limpia tambien los desperdicios,
Las orejas, las manos y las patas.
Todos, en fin, por Cejas colocados
Llenais por su favor vuestras baldragas.

NICASIO. Alto, Chato; lo de limpiar convengo,
Pero en llenar tampoco vas en zaga.
Aquí la rigidez de los principios:
El Rastro se antepone á nuestra panza.

CHATO. Lo sé: y en ello vuestro temple admiro.

NICASIO. Mira, Chato, tú tienes la palabra;
Fuera de circunloquios y al avio...

CHATO. Esperaremos á que venga Rasca.

NICASIO. Dudo que venir pueda, porque el reuma
Hace unos dias que le tiene en cama.

ESCENA XIII.

Dichos. - RASCA.

RASCA. Pesetas y salud. Aunque aburrido,
Por el dolor que tengo en esta pata,
He llegado hasta aquí, pues sé que el Chato
Despertó de la mona que arrastraba.

CHATO. Ya vereis si era mona ó si era mico,
Cuando en mi mano tenga la navaja.
Todos, señores, vísteis el regalo,
Que á Curro Cejas hizo esa canalla.
No cabe más bajeza; ¡aduladores!
Baston de mando, redecilla y gafas.
No queda otro remedio para el Rastro

Que aguantar el mochuelo á sus espaldas,
Ó asegurar un golpe á Curro Cejas.

NICASIO. ¿Y á donde va á ser eso, dí?

CHATO. En la plaza.

RASCA. ¿No seria mejor que en una esquina
Se diera el golpe en firme?

TACO. Ó en su casa,
Porque tened presente que la chusma
que le adula, con él va de compaña.

RASCA. Yo cuento una docena de hombres ternes,
Que estarán en el punto.

CHATO. No hacen falta.
¿Quién en perdios el apoyo busca?
Para herir, esta mano sola basta.
Yo, á Curro Cejas, ódio nunca tuve;
Yo le debo favores, su confianza;
Pero entre el Rastro y Cejas yo no cejo,
Porque ante el barrio la amistad se achanta.
Yo admiro más que todos su conducta,
Es hombre que le duelen las desgracias,
Y un asiento halla el pobre si á su mesa
Acude á remediarse la carpanta.
Ved pues al hombre, cuya vida intento
Quitar de sopeton, de una mojada.
No me ciega la ira.

NICASIO. ¿Chato, lloras?

CHATO. Dejad que suelte un chorro de mis lágrimas.
Con esto pago la amistad.

NICASIO. ¿Y cuándo
Cejas debe morir?

RASCA *y* TACO. ¿Cuándo?

CHATO. Mañana
Al despertar el dia, frente á frente
Y quitado el embozo de la capa,
En provecho del Rastro iré el primero
Y en el pecho le cuelo hasta las cachas.

NICASIO. Venga esa mano.

RASCA. Aquí la mia.

TODOS. Al Matadero cuando raye el alba.
(*Se van.*)

CHATO. Será un dia nombrado para el Rastro.
Voy á sacarle punta á la navaja.

ESCENA XIV.

SILVESTRA.—LÚCIA.

SILVEST. No sé si estoy soñando ó si despierta,
Ó si mis ojos llenos de legañas
Me impiden ver la luz: ello es seguro
Que dentro de mis niervos algo pasa.
Aquí estuvieron juntos hace un rato
Mi hijo, Nicasio, Mirlo, Necio y Rasca,
Y á cencerros tapados han podido
Á Curro preparar una entruchada.
No hay tiempo que perder. ¿Lúcia?

LÚCIA. ¿Qué quieres?

SILVEST. Encájate un manton. Esta es la carta.
Poco me importa lo que diga, firmo,
Y salga luego el sol por donde salga.
Corre en busca de Cejas: de mi parte
Entrega este papel, y de palabra
Díle que estoy resuelta y muy resuelta
Á que saque mis trapos á colada.

MUTACION.

Puerta del Matadero.

ESCENA XV.

MATACHINES.—VENDEDORES.—*Despues el* CHATO Y TACO:

MATAC. 1.º ¿Está todo arreglao?

IDEM 2.º Todo está listo.

IDEM 1.º Aquí está mi herramienta.

IDEM 2.º Aquí la mia.

IDEM 1.º Entonces que se cuente por difunto:
Apenas llegue, la señal.... y encima.

VEND. 1.º Barrunto, Cachapó, que el año nuevo
Se empieza con alguna tremolina.
¿No has reparao?

IDEM 2.º Por cierto que la gente
En cuchicheos con afan se agita,
y están como espantaos. ¡Allí anda Potra!
Tienes razon, Colin, la broma es fija.

IDEM 1.º ¿Qué sabes tú de Cejas?

IDEM 2.º Hombre, anoche,
Aunque clara la vista no tenia,
Efecto que la luz de la taberna
Los ojos me llenó de chirivitas,
Ví al cojo Relicario con el Necio
A la puerta paraos de la botica,

Al pasar por delante escuchar pude
Al cojo, muy caliente, que decia:
«Mañana dá su golpe el Matadero;
Cudiao, no faltes.... y el avío encima.»

IDEM 1.º ¡Si estuviera aquí Ochavo...!

IDEM 2.º ¿Dónde bulle?

IDEM 1.º Ayer salió en calesa para Esquivias
Á cerrar el contrato de la compra
De un gran terreno de olivar y viñas.
No tardará en volver.

MATAC. 1.º La gente es buena
Y, si el Chato dirige, en un peristam
Se despacha el negocio. Aquí le tienes.

CHATO. Hola, muchachos.
(*Acercándose con Taco.*)

TACO. Veo reunida
La tropa. ¿Falta alguno?

CHATO. Muchos sobran,
Porque me basto yo pa hacer justicia.
En cuanto venga le cubris el bulto,
Estorbando en su caso la salida.
Esta es la parte que á vosotros toca;
El resto del belen es cosa mia.

ESCENA XVI.

DICHOS.— RASCA.

RASCA. Dimos el golpe en vago, compañeros.
Curro Cejas no viene.

TACO. Esa es pamplina.

RASCA. ¿Vosotros no sabeis lo acontecío?

TODOS. ¿Qué sucede?

RASCA. Que anoche, en la cocina
De Cejas, un cabrito preparaban
Pa comerle esta tarde la familia,
Y en vez de corazon un gran murciélago
La punta descubrió de la cuchilla:
Salen todos corriendo, y el milagro
Á Cejas se lo cuentan y suplican
No venga al Matadero: hablar los deja,
Y templao les responde: «Si la vítima
Cambió su corazon por ese bicho,
tropezar siento el mio en las costillas.»

CHATO. No faltará.

RASCA. Raimunda, su criada,
Roncaba allí cercana todavía:
Un chillido se escucha: cruje el catre:
Corre á la alcoba Cejas, entra, mira
Y encuentra á la muchacha que soñaba
Espeluzná, sin ropa y boca arriba.
Un soponcio la dió con retemblores,
Y entre dientes rumiando esto gruñia:
«¡Cobardes! ¡Asesinos! ¿No hay socorro?»
El mareo se vá: fija la vista,
Y hallando á Curro Cejas embebio,
Entre sus brazos con afan le trinca,
Aprieta, dá un suspiro, llora y dice:
«Yo he visto sobre tí dos mil cuchillas
»Y, por cada agujero de tu cuerpo,
»Que no pude contar por tener prisa,
»Con más empuje que la arroja un toro,
»De sangre un Manzanares te corria.
»Tu cuerpo, ya estenuao, tambaleaba:
»De hocicos fuiste á dar contra una esquina.
»Y allí tu humanidá, cayendo al suelo,
»Sobre una piedra se dejó la crisma.»

Hace un rato que Necio nos ha dado
Como os la cuento, la fatal noticia,
Y es fácil que con lágrimas y ruegos
Raimunda á Cejas el venir le impida.

TACO. Nuestro plan se lo llevan los demonios,
Si se deja el belen para otro dia.
¿Qué dices, Chato?

CHATO. ¡Yo! ¡Que sois cobardes!
Que gallos pareceis y sois gallinas.
Para librar al barrio del tirano
Estógamo, no más, se necesita.

RASCA. ¡Gallina yo!

TACO. ¡Qué has dicho!

TODOS. ¡Qué se entiende!

CHATO. Esas voces canguelo solo indican.
Sin temor esperad. El Necio llega.

TODOS. ¿Qué hay de nuevo?

NECIO. Que Cejas se aproxima.
No tardará en llegar cinco minutos.

CHATO. ¡Ah! mandrias ya lo veis: yo bien decia.

RASCA. ¿Qué mosca le ha picao?

NECIO. Es un misterio.
Ni razones ni súplicas podian
Conseguir que se echara hoy á la calle:
Le dije que aguardaban su venida
Los del gremio á la puerta reunidos
Y que era necesario hoy, primer dia,
Anunciar á la gente las reformas.
Nada alcanzar lograba, cuando grita

Desde la calle una mujer que quiere
Poner á Cejas, en su mano misma,
Una carta de parte de Silvestra.

CHATO. ¡De Silvestra! ¡Mi madre!

NECIO. Entra la chica:
La carta á Cejas dá, y este la toma.
Sus ojos al momento echaron chispas
Y «andando, Necio» exclama y aquí viene.

RASCA. Tal vez tu madre anoche olfatearia....

TACO. ¡A que nos zurra Cejas la pabana!

CHATO. Quien miedo tenga ¡luz! que tome pipa.
Yo mataré á los dos; poco me importa.

ESCENA XVII.

DICHOS.—CEJAS.—CHICHARO.

CHÍCHARO. (*Acercándose á Cejas.*)
Una palalabra, Cejas; desconfia
De esos tunos que acechan tu llegada,
Y te van á jugar mala partida.

CEJAS. ¡A mí con esas, Chícharo! ¿Estás loco?
Alma de sobra tengo y manos listas.
(*Adelantándose.*)
¡Salud, barrio del Rastro!
(*Al Chato.*) ¿Aquí estabas?
¡Cuánto es mi gozo, Chato, y mi alegría!
Desde hoy, tu nombre junto con el mio
Pronunciará la gente de cuchilla.

CHATO. Eso mesmo igualmente yo deseo

CEJAS. Caballeros: sin gastar pulítica,

Os diré, que, al volver á la contrata
Del abasto de cuernos y de tripas
Y demás zarandajas del despojo,
Por el año que empieza en este dia,
Con vosotros conté y con vuestro afleuto
Pa cumplir, como debo, con la Villa.
En cambio yo, sin distinguir de barrios,
Lo mismo á Lavapies que á las Vistillas,
Al Rastro, Mira al Rio y Mundo Nuevo,
Trabajo daré á todos á porfia.
Los que desuellan con primor las reses,
Los que laban los vientres en las pilas,
Los que limpian los cuernos y pezuñas,
Y en fin, por acabar, cuantos artistas
Se ocuparen desde hoy en mis faenas,
En mí tendrán un padre de familia.
Pienso extender del Rastro nombre y fama:
Su riqueza aumentar de dia en dia,
Y en presona iré pronto á Ingalaterra
Para dar á los cuernos la salida.
Si el cielo me protege y los ingleses
Del género la entrada facilitan;
¡Qué porvenir pa el Rastro, si yo güelvo
Con cien sacos de libras estrininas!
Ahora vamos adentro. *(Al Chato.)* Tú conmigo.

RASCA. ¡Chúpate esa! (*Le dá un navajazo.*)

CEJAS. ¡Qué es esto, gentecilla!
Con todos he de hacer un escarmiento.
(*Preparándose á la defensa.*)

TODOS. Duro con él.

NICASIO. El Pelon, Chato, nos mira.

CHATO. ¡Compañeros á él! (*Vá á herirle.*)

CEJAS. ¡A mí! ¡Tu padre!
(*Se emboza. El Chato le hiere.*)

TODOS. Acabe de una vez la tiranía.

RASCA. Pies, pa qué os quiero. (*Echa á correr.*)

CHATO. (*Con aire de satisfaccion.*) Me he lucido.

NICASIO. Curro Cejas murió. Ya está cumplida
Nuestra mision, y libre todo el mundo
Puede vender sin trabas por la Villa.
¡Viva el Rastro!

TODOS. ¡Viva!

ESCENA XVIII.

DICHOS.—SILVESTRA. (*Que entra precipitada.*)

SILVEST. ¡Qué hiciste, bruto!

CHATO. Lo que pide la ley y la justicia.

SILVEST. ¡Has matado á tu padre!

CHATO. ¡Era mi padre!
¡Ah, perra, y lo callabas!

SILVEST. (*Enseñando una carta.*) ¡Mira! ¡mira!
Párteme las entrañas.

CHATO. Yo no quiero.
Ya que me diste tarde la noticia,
La vida te perdono.

SILVEST. Ven, huyamos
Antes que acuda gente de golilla.

NICASIO. Escucha, Chato. El compadre Antonio
Tiene toda su gente en Maravillas,
Y si nos pesca aquí desprevenidos
ha de haber garrotazos, y de á libra.

Y desgraciado de él, si aquí se arrima.

NICASIO. Mira que ellos son muchos, y la panda
De Ochavo con la suya están unidas,
Y que Ochavo es sobrino del difunto
Y sabe de gramática latina.

CHATO. No prevariques.

SILVEST. Antes que á él le maten
De mi cadáver pasarán encima.

ESCENA XIX Y ÚLTIMA.

DICHOS.—ANTONIO.—OCHAVO.—PUEBLO.

PUEBLO. ¡Viva el señor Ochavo! (*Desde fuera.*)

NICASIO. ¿Estás oyendo?

SILVEST. ¡Que hemos ganado, Chato!

PUEBLO. (*Entrando en escena.*) ¡Viva! ¡viva!

CHATO. Veremos quién se lleva el gato al agua
En juntándose aquí las tres pandillas.

ANTONIO. Nuestro es el Rastro. (*Llegando.*)

OCHAVO. (*Asomando en una calesa.*) La contrata es mia.

FIN.